

obliterando el marco de sus mentores: para ello tiene sensibilidad vigilante e inteligencia de raro gusto.

«RAPSODIA PARA LA VIDA DEL HOMBRE», de *Claudio Solar*, 1950, Editorial Index.

También se halla el genio de «Residencia en la tierra» leudando en esta poesía. Se le reconoce palmariamente en evolución, desde el «Hondero entusiasta» adelante.

Pero Solar es más ingenioso y orador que sensitivo de raíces metafísicas, como aparece en la mayor parte de estas composiciones en torno al nerudiano motivo de la temporalidad. Por veces emerge la influencia de Góngora y Quevedo en este joven profesor de castellano en la Escuela Normal de Victoria. Ocurre, no sin gracia, en la Letrilla «A la plaza van», por ejemplo:

«Señoras con perros,  
perros con señoras  
que andan por el césped  
contando las horas  
lucen en sus cuellos  
chispeantes las joyas,  
las que consiguieron  
por privadas obras...

Venga a mediodía  
el que lo que quisiere  
mirar las viudas,  
solteras, e infieles  
mujeres casadas,  
o casadas fieles...

Que tanto los hombres  
como las mujeres  
a la plaza van  
y a la plaza vienen, etc.».

A nuestro juicio, este es el derrotero en que el poeta debe insistir, la derrota de la ingeniosidad frívola y equívoca.

El tacto le ha sido infiel en algunas versificaciones, hasta culminar en la última, «Acontece en Victoria». Bien es cierto que esta levedad y malabarismo se refocilan en «Historia de Pedrito Méndez», que para nuestra estupefacción halla de perlas el prologuista Angel Cruchaga Santa María, el sublime autor de «La Ciudad Invisible». Y es tan flamante el epíteto que le adjudicamos como para decidir un poema capaz de justificar «Rapsodia del Hombre»:

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA

Angel, la luz del sur que te desvela  
con sus cipreses de alargados signos  
y el agua enmohecida por el sueño  
junto a tu pecho mueven tu destino.

En la frontera te detiene el viento,  
guerrillero de lengua iluminada,  
sientes pasar el mundo y lo revives  
creado y recreado en tu palabra.

Ausentes de distancia tus pupilas  
hilvanan la ternura y en tu verso  
crece el rocío su clavel de llanto,  
y el mar azul, la lámpara y el día.

Que crezca para ti la austral violeta  
y el vino su canción de roja llama

y que tiemble la estrella entre los pechos de la joven doncella si tú pasas.

Cuando el metal del tiempo te señale que has vencido lo eterno y ya la sombra hasta tu pecho avance su mensaje y despoje de lengua, luz y aroma, serán cenizas puras ya tus manos y siempre claridad será tu verso; tu música ha de dar luz a las lluvias, florecerán de amor tus dulces huesos.

Prueba en flagrante de que para ser poeta, necesario es tener carga que le lastre a uno el acento, que lo haga «residir en la tierra», muy al contrario de lo que piensan algunas personas con el crédito gordo de la salud. Nos hallamos malamente ahitos de embelecocos, de nardos, caracolas, campánulas y demás chucherías de baratillo: ¡no son otra cosa que regüeldos de inspiración ayuna!

«LIBRO» de *Eugenia Sanhueva*, Colección Orfeo, 1950

Primor editorial con sugerentes ilustraciones de Elena Poirier, lleva quizá esta denominación para que no se le tome por librito. . .

Son prosas poemáticas habitadas de esoterismo. Confluyen magia, religión, leyendas galantes, para que Eugenia Sanhueva evite la subjetividad de su mensaje por medio del símbolo, aherrojada en el mito.

Nada sabemos de esta nueva autora, cuyo «Libro» tiene dedicatoria definitiva: «A Enrique Lihn, caballero de él mismo». Es una profesión de ética: supone la exaltación de la persona frente a la masa, entraña yoísmo aristocratizante.